

V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales
Mesa J 36. Historia de la sociología y sus tradiciones intelectuales en Argentina y América Latina

Entre la profesión y la vocación. La sociología en Argentina desde la vuelta a la democracia

Juan Pedro Blois¹

Introducción

Desde la segunda mitad de la década del ochenta los espacios laborales donde se emplearon los sociólogos experimentaron un notable crecimiento y heterogeneización. A la recuperación de las instituciones académicas públicas que, como la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires o el CONICET, ampliaban los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación social, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número creciente de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras especializadas en análisis de mercado o en los estudios de opinión, departamentos de recursos humanos de distintas empresas privadas e incluso organismos multinacionales, ofrecieron un espacio para quienes no tenían la intención –o la posibilidad- de hacerse un lugar en el ámbito académico. Como consecuencia, se produjo una profunda redefinición del mapa de la sociología local.

El contraste con el pasado inmediato era ciertamente marcado. Durante el período comprendido por la última dictadura militar, las oportunidades laborales para los sociólogos no habían sido numerosas. Intervenida la carrera de mayor peso y remplazado el plantel docente por un conjunto de profesores poco especializados, para aquellos sociólogos que permanecieron en el país –hubo varios que debieron emigrar- los espacios donde se podían insertar resultaban escasos. Por un lado, el ámbito de la investigación y la docencia no se extendía más allá de las limitadas inserciones que los centros de investigación independientes y algunas universidades privadas podían ofrecer. Por el otro, las inserciones no académicas se reducían al incipiente espacio de las encuestas de mercado. Quienes no pudieron incorporarse en estos espacios debieron realizar tareas para las cuales su título de sociólogo resultaba verdaderamente prescindible.

¹ Sociólogo, becario CONICET, UBA, IIGG. El presente estudio presenta los primeros hallazgos de una investigación doctoral en curso. E-mail: pedro.blois@gmail.com

Es usual referirse a los cambios iniciados con la vuelta de la democracia como el inicio de un proceso de “profesionalización” de la sociología en nuestro país. A primera vista tal parece ser lo ocurrido si se constata la expansión de las cátedras universitarias, de los programas de posgrado, de los grupos académicos y de las becas y subsidios a la investigación, así como el creciente peso y visibilidad que fueron cobrando las variadas y multiformes inserciones no académicas que hicieron del trabajo en las universidades y en los centros de investigación una posibilidad más –y no la única- para los graduados en sociología. En este sentido, un conjunto de intérpretes, sin desconocer que el ámbito académico sigue gozando del mayor prestigio, han afirmado que desde la vuelta de la democracia los sociólogos han valorado de manera crecientemente positiva el conjunto de prácticas profesionales no académicas².

Ahora bien, sin desconocer lo anterior, cabe preguntarse cómo han operado y cómo se han relacionado los procesos de reorganización de los ámbitos académicos y la difusión de nuevas inserciones laborales por fuera de la academia con la tradición crítica que, a poco de fundarse la primera carrera en 1957, ha caracterizado a la sociología local, tradición en la que la sociología, lejos de ser concebida como un simple medio de vida, es entendida como una herramienta implicada en la promoción de cambios sociales y políticos. El análisis de las tensiones derivadas de una definición de la sociología que afirma su potencial para ofrecer sus servicios a una variada clientela y otra que la identifica como una vocación crítica que deslegitima cualquier preocupación por el éxito laboral de sus practicantes, resulta pertinente porque, según creemos, permite poner ciertos reparos frente a la idea que sostiene que lo que ha caracterizado a la sociología local desde la vuelta de la democracia es un proceso de “profesionalización”. En este sentido, surgen una serie de preguntas: ¿cómo fue el proceso de reorganización del entramado de instituciones académicas y, en particular, dado su fuerte peso simbólico e institucional, de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires iniciado en 1984? ¿Qué experiencias asociadas a las cambiantes etapas anteriores se recuperaron en ese momento refundacional? ¿Supuso la extendida contratación de sociólogos en el mundo privado o en el sector público un proceso de “profesionalización”? ¿Qué implica esta noción? ¿La tradicional visión crítica de los sociólogos respecto al mercado o al Estado declinó a punto tal de permitir

² Beccaria y Goldfarb (2003), Beltrán y Goldfarb(2002), Casco y Engelman (2003), Rubinich y Langieri (2007), Pereyra, Casco y Denot (2007), Testa (2002).

la reivindicación de la sociología como una práctica profesional más, similar a cualquier otra?

Para dar respuesta a estos interrogantes, primeramente se realizará un breve recorrido por la sociología de las profesiones en un intento por aclarar las nociones de profesión y profesionalización, procurando ponerlas en relación con el proceso de ampliación de inserciones laborales que se da desde mediados de los ochenta. A continuación, se reconstruirán algunos de los rasgos que caracterizaron la reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en esos años. Finalmente, a partir del relato de sociólogos cuya principal inserción está fuera de la academia, se buscará dar cuenta de las tensiones y ambigüedades que signaron el desarrollo de estas “profesiones”.

La sociología de las profesiones y la sociología en Argentina

La sociología de las profesiones es una especialización que tiene una larga trayectoria. De origen anglosajón, dada la fuerte presencia que las profesiones tuvieron en la sociedad inglesa y la norteamericana, las primeras conceptualizaciones datan de la década del treinta. Sin embargo, fueron las elaboraciones del funcionalismo en los años cincuenta y sesenta –entre ellas las de dos referentes de singular importancia como Talcott Parsons y Robert Merton- las que contribuyeron de manera determinante a instituir la como un ámbito de estudios legitimado. Actualmente, la sociología de las profesiones presenta un escenario signado por el pluralismo y la diversidad teórica a punto tal que dos autores especializados han afirmado que “no existe una sociología [...] de las profesiones, sino unos enfoques sociológicos de los grupos profesionales, en acepciones muy variables” (Dubar y Tripier, 1999:245). En efecto, dada la variabilidad y diversidad históricas de las formas organizativas que las profesiones han asumido en tiempos diferentes en distintas sociedades, se han abandonado las tentativas que buscaban definir un conjunto de “rasgos esenciales” que debía reunir una ocupación para poder ser clasificada como una profesión. Fue precisamente esta pretensión por elaborar un “modelo universal” la que motivó los primeros enfoques. Así, fenómenos tales como la conformación de una asociación profesional, la formación de escuelas donde se obtuviesen las licencias para ejercer una profesión, la reglamentación de un código ético, la legitimación ante el Estado, fueron propuestos como eventos que, sucediéndose en el tiempo, las ocupaciones debían recorrer para conformarse como

profesiones. Tomando como modelo lo que había sido el desarrollo de la medicina y la abogacía en Estados Unidos, estas perspectivas asumían que todas las profesiones recorrían una secuencia de hitos más o menos fijas. Como señala un sociólogo francés que ha estudiado la profesión de los abogados en su país en una mirada de largo plazo, aquellas perspectivas basaban sus relatos en “una historia asimilada a un evolucionismo simplista en virtud del cual el movimiento de las profesiones se encontraba proyectado sobre la dimensión que iba de la imperfección a la perfección” respecto de aquel modelo (Karpik,2003:62,63).

Desde fines de los años sesenta, la visión funcionalista sobre las profesiones comenzaría a ser puesta en cuestión por las llamadas teorías del control de mercado. Quienes las proponían denunciaban la naturaleza ideológica del funcionalismo puesto que aquellas instituciones a las que esta corriente había dotado de una función reguladora de la relación entre los poseedores de saber experto y los profanos en beneficio de una sociedad que carecía de los medios para evitar los posibles abusos en que los primeros podría caer—autogobierno, código ético, control a la entrada a través del licenciamiento, etc.-, servían, en realidad, a los intereses materiales y simbólicos de los profesionales al asegurarles, mediante el cierre social al ingreso de los no iniciados, el acceso a posiciones privilegiadas de mercado. La profesionalización, según denunciaba esta corriente crítica, no buscaba asegurar el buen desempeño de una función social necesaria, sino por el contrario, ejercer una función excluyente.

Andrew Abbott, uno de los más influyentes teóricos de las profesiones, ha criticado en su clásico *The System of Professions* (1986), la tendencia compartida por funcionalistas y por sus críticos de igual manera a centrarse en los aspectos organizativos que en un proceso lineal y acumulativo una profesión iría adquiriendo hasta constituirse como tal. En su lugar, ha propuesto poner en el centro del análisis las tareas que las profesiones realizan y las disputas que las enfrentan en sus pretensiones de asegurarse el control exclusivo —o “jurisdicción”— de un determinado problema social (la atención de la salud, la provisión de la educación a las nuevas generaciones, el funcionamiento del sistema legal, etc.). En su visión, las profesiones, lejos de constituir compartimientos estancos susceptibles de ser estudiados “uno a la vez” como hacían sus antecesores, constituyen un sistema interdependiente en el que aquellas compiten por hacerse una jurisdicción propia, rechazando los intentos “usurpadores” de las otras. Así, para dar un ejemplo Abbott se refiere a la cuestión del alcoholismo en Estados Unidos

en el sigloXIX. En aquel momento merced a las necesidades y tiempos estandarizados de la joven producción industrial fue preciso terminar con la práctica por entonces habitual de consumir alcohol durante la jornada de trabajo. En tal situación, ministros religiosos, médicos y psiquiatras compitieron por imponer definiciones sociales contrapuestas del alcoholismo -como problema moral, biológico o mental, respectivamente- que legitimaran su jurisdicción sobre el mismo (Abbott,1986:37).

De acuerdo a este autor, las profesiones se apropian de cierta tarea y constituyen una jurisdicción propia cuando al “trabajo cultural” por definir un problema social como tratable por el conocimiento específico que posee, se suma una “estructura social” – aquellas formas organizativas en las que se centraron las teorías anteriores- que identifique a sus miembros como los únicos que legítimamente pueden intervenir sobre ese problema. Los reclamos jurisdiccionales se realizan ante tres audiencias: la opinión pública, el Estado y el lugar de trabajo. Si bien en cada caso las profesiones despliegan diferentes estrategias, en cada ámbito lo que está en juego es lo mismo: el derecho a definir los problemas sociales culturalmente y el derecho a dominar la estructura social que permite resolverlos excluyendo al resto de las profesiones. Según Abbott, “es la historia de las disputas jurisdiccionales lo que es real, la historia determinante de las profesiones. Los reclamos jurisdiccionales proporción el ímpetus y la forma al desarrollo organizacional” (Abbott,1986:2).

Si pensamos en la evolución de la sociología en nuestro país desde mediados de los ochenta, no parece demandar demasiado esfuerzo comprobar que aquello que las teorías definen como un proceso de profesionalización está lejos de haber tenido lugar. Si bien como quedó expresado no existe un modelo único y universal para definir las profesiones, y la profesionalización de una disciplina es siempre una cuestión de grado, desde la vuelta a la democracia antes que un proceso de profesionalización lo que nos encontramos es la difusión de un conjunto variado de espacios laborales donde los sociólogos se emplearon sin que se hayan definido, sin embargo, un conjunto de tareas que hayan reclamado como propias de manera exclusiva. Más bien, lo que ha definido su labor es una gran diversidad y versatilidad, rasgos que constituyen la contracara de un perfil profesional poco definido.

Sin duda, lo anterior puede ser vinculado con el hecho de que, con la excepción de los análisis de mercado y los estudios de opinión donde el instrumental propio de la

disciplina vinculado a las encuestas es decisivo, las tareas que realizan los sociólogos en diversas inserciones son compartidas con un conjunto variado de profesionales provenientes de otras disciplinas. Lejos de constituir trabajos reivindicables sólo por sociólogos, muchas veces se trata de tareas para las que el título específico importa menos que la formación general que da el haber completado una carrera universitaria, formación que sirve como base desde la cual aprender las destrezas y conocimientos particulares requeridos por el trabajo en cuestión.

La misma heterogeneidad de tareas dificulta cualquier tentativa tendiente a reclamar la exclusividad en el tratamiento de cierta problemática y a organizar profesionalmente el ejercicio de la disciplina. Un ejemplo de esto lo constituye la labor del Consejo de Profesionales de Sociología que aun cuando pudo conseguir ciertos resultados tendientes a la regulación de la profesión, careció de la fuerza necesaria para imponerlos en la práctica.

Si, por un lado, fue capaz de hacer que el Estado a través de la promulgación de un ley nacional reconociera y regulara el ejercicio de la profesión, exigiendo la matriculación de todo aquel sociólogo que se desempeñase profesionalmente, por el otro, los vaivenes en el número de matriculados –que no ha alcanzado una magnitud considerable³-, así como el hecho de que sea común dar con sociólogos que desconocen la existencia de esta institución y de la obligación de matricularse que establece la ley -matriculación que tampoco es exigida por las empresas u organismos contratantes-, revelan el rol limitado que esta institución ha podido ejercer en la estructuración del mercado laboral de los sociólogos.

Las limitaciones de una tentativa tendiente a institucionalizar la sociología como una profesión que, como aquellas que han despertado el interés de los teóricos de las profesiones, se exprese en una asociación profesional, se dé un código ético o busque la aprobación del Estado, quedan a la vista cuando se constata la dificultad de una disciplina como la sociología para definir un área de incumbencia propia⁴, distinta de

³ Si se tiene en cuenta que desde 1984 hasta 2007 han egresado de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires más de 3200 sociólogos, los casi 600 sociólogos con sus “matrículas al día” que se consignan en el sitio de internet del Consejo de Profesionales de Sociología –que incluyen sociólogos egresados con anterioridad a aquel período y también sociólogos egresados de otras carreras- se comprueba que no ha habido una difusión generalizada de las actividades de esta asociación. Más allá de que esta última información pueda estar desactualizada, las diferencias son notorias.

⁴ Según lo dispuesto por la ley que regula el ejercicio de la profesión de sociólogo, se considera “ejercicio profesional de la Sociología: la producción, aplicación y transmisión de conocimientos científicos sobre la realidad social, fundados en la teoría, metodología y técnicas de dicha ciencia, así como la prestación de todos los servicios profesionales inherentes a la misma” (Ley 23.553).

aquellas reivindicadas por otras profesiones cercanas. Realidad que queda expresada en una ley que, si obliga a las “personas jurídicas, sean de carácter público o privado, que realicen actividades del ejercicio profesional de la sociología o de sus funciones” a contar “con el asesoramiento técnico de un sociólogo”, también contempla que ello no debe ir en “perjuicio de las incumbencias compartidas con otros profesionales del ámbito de las ciencias sociales” (Ley 23.553).

Que las nuevas oportunidades laborales -en los términos de Abbott, “tareas vacantes” sobre las que reclamar una jurisdicción- que se expandieron desde mediados de los ochenta no se tradujeran en un proceso asimilable a lo que la sociología de las profesiones identifica y conceptualiza como el desarrollo de una profesión, aun cuando haya habido intentos en este sentido, debe vincularse, también, a la particular forma de entender la disciplina en la que los sociólogos son formados en su paso por la universidad. Forma de entender la disciplina que rechaza lo que las asociaciones profesionales se proponen como una de sus metas: hacer de la sociología una profesión similar a cualquier otra cuyos servicios se ofrecen en la sociedad civil y en el Estado. Para dar cuenta de esta concepción es preciso referirse al particular proceso de reorganización del ámbito donde la mayoría de los sociólogos argentinos realizaron sus estudios desde mediados de los ochenta: la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

La Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires desde 1984

Con el retorno de la democracia se abre un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza y de investigación en sociología. A la reorganización de la carrera de la Universidad de Buenos Aires, que comenzaba a recibir a los profesores que habían sido expulsados en el período anterior, se sumaba la recuperación del CONICET, entidad oficial de fomento al desarrollo científico que comenzó a ampliar los nombramientos y subsidios para la investigación en ciencias sociales. Los centros privados de investigación, por su parte, mantenían el dinamismo que habían tenido durante el período dictatorial cuando habían desempeñado un rol fundamental en medio de un contexto poco favorable para la indagación sociológica. La renovación general de las ciencias sociales estimulada por la recuperación de este entramado institucional hizo que, con la multiplicación de becas, de grupos de

investigación así como de espacios donde ejercer la docencia, la inserción académica deviniera una opción posible para un creciente número de sociólogos.

Ahora bien, no obstante la expansión de aquellos espacios, los sociólogos que podían dedicarse a la investigación y la docencia seguían constituyendo una minoría. Esta minoría, sin embargo, no obstante su reducido volumen en términos relativos, poseía una fuerte capacidad para definir qué era la sociología y cuáles eran las tareas legítimas que le cabían a los sociólogos. En particular, el espacio que empezaba a influir a la hora de definir los límites de la disciplina era la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, espacio donde comenzaba a arribar la mayoría de quienes, en el clima de recuperación de la política y de fuerte optimismo en su potencial transformador, decidían estudiar sociología. Para entender el peso simbólico del que pudo hacerse esta institución, es preciso reconstruir cómo se dio el proceso de reorganización iniciado luego de la vuelta de la democracia.

A fines de 1983, la Carrera de Sociología era un espacio marginal, sumamente aislado del medio cultural y académico más general. Las medidas represivas instrumentadas en el ámbito universitario habían hecho de esta institución un pobre remedo de lo que había sido en el pasado. Separada de la Universidad de Filosofía y Letras donde había sido fundada, fue emplazada en un conjunto de aulas del sótano de la Facultad de Derecho, ubicación que expresaba, a su modo, la valoración que tenían las autoridades interventoras de una carrera que, dada la incertidumbre sobre qué destino darle, pudo haber sido cerrada definitivamente. El plantel docente estaba constituido por un conjunto de profesores poco especializado que sólo había logrado acceder a sus puestos gracias a la expulsión de quienes hasta mediados de los setenta se habían sucedido en el control de la institución. El número de estudiantes, por su parte, había bajado fuertemente, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que, en el clima de optimismo modernizador primero y de fuerte politización después, siempre se había mostrado ascendente. La persecución política y la baja calidad de la enseñanza llevaron a los jóvenes que, aun en el clima represivo vigente quisieran estudiar sociología, a elegir universidades privadas.

Con la vuelta a la democracia, se produce un recambio generalizado del plantel docente. Varias de las figuras más prestigiosas de la sociología local, que en muchos casos se habían visto forzados a abandonar el país, decidían volver al espacio donde se

habían formado y en el cual habían tenido sus primeras experiencias docentes. Eran parte de las primeras generaciones de sociólogos y, en varios casos, habían participado de las ahora legendarias controversias ideológicas y políticas que se habían suscitado en el espacio de la Carrera. El prestigio que esto les acordaba se sumaba al que les debía el haber continuado su trayectoria académica en instituciones destacadas del exterior. En varios casos, eran además protagónicos animadores de los debates y polémicas que, en torno a la consolidación del nuevo régimen político, convocaban a lo más destacado de la intelectualidad nacional. Hubo incluso quienes se desempeñaban como cercanos asesores de la máxima autoridad política del país -situación inédita en la historia de la sociología local-.

Aun cuando el cuerpo de profesores de la carrera se nutrió mayoritariamente de sociólogos que habían permanecido en el país durante la dictadura y cuyos antecedentes era ciertamente más modestos, fueron los sociólogos consagrados que volvían del exilio los que se convirtieron en la “cara visible” de este espacio y los que le dieron su prestigio y singular peso simbólico en el ámbito de la sociología local. Una presencia que no iba más allá del dictado semanal de una clase bastaba para jerarquizar un espacio que, como mencionamos, era sumamente marginal.

El conjunto de docentes que se incorporó a la Carrera se caracterizaba por un gran pluralismo en las formas de concebir la disciplina y en los estilos de trabajo con los que se identificaban. A diferencia de lo ocurrido en el pasado, cuando las distintas formas de entender la sociología se habían excluido unas a otras, un novedoso consenso aseguraba ahora su convivencia en el mismo espacio: en la nueva etapa, una vez desplazados quienes habían enseñado durante la dictadura, no deberían haber exclusiones de ningún tipo. Contra los anteriores enfrentamientos y prácticas excluyentes basados en criterios politizados, debía ahora primar, en consonancia con el clima más general, la convivencia democrática.

Ahora bien, este consenso no se limitaba a asegurar tal convivencia sino que suponía también la consolidación en el espacio de la Carrera de una forma particular de concebir la sociología. En aquel contexto, reactualizado el espíritu crítico que había caracterizado a la disciplina en el medio local, la sociología fue entendida como una empresa vinculada al compromiso político y dedicada a la investigación social en la academia.

En esta recuperación dos elementos fueron fundamentales. De un lado, el perfil de los profesores más prestigiosos, mucho más identificados con el papel de “intelectual” implicado en las discusiones públicas que con el de “técnico experto”. Del otro, las orientaciones del estudiantado movilizado.

Observando las consignas y reclamos de las agrupaciones estudiantiles relativas a lo que debía ser la sociología como disciplina e institución universitaria, se comprueba que lejos de buscar una profesión como cualquier otra de las que se ofrecen en una universidad, lo que pretendían era un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad desde una posición crítica. Atraídos por la figura del académico comprometido con la política, reclamaban de la carrera un compromiso con los sectores dominados de la sociedad. La figura del sociólogo se asociaba estrechamente a la de la militancia. Su labor debía estar al servicio de una sociedad justa e igualitaria. La demanda de una apertura de la carrera hacia las necesidades de la “sociedad” y de la “clase obrera” o el “pueblo” devino una constante. En definitiva, los estudiantes movilizados buscaban en la sociología mucho más de lo que habitualmente se busca en una carrera universitaria.

Ahora bien, dado lo anterior, tras la afirmación de un consenso que defendía la convivencia como un valor a defender, una exclusión tácita era operada. Las versiones de la disciplina que se apartaran del ideal de una sociología académica y comprometida no tendrían expresión en la Carrera. Varios estilos de trabajo podrían coexistir y difundirse en la Carrera, siempre y cuando compartieran esta concepción.

En ese contexto, es comprensible que los sociólogos de mayor trayectoria en las actividades vinculadas al análisis de mercado y a los estudios de opinión prefirieran no integrarse a la renovada carrera. Comprometidos con el desarrollo de una “sociología aplicada” tendiente a dar respuestas a las demandas de la sociedad, de manera ciertamente distinta a aquella impulsada por los estudiantes, en varios casos habían formado empresas muy exitosas. Sin embargo, con la rápida politización de la Carrera desde comienzos de los años sesenta, no habían encontrado allí un medio propicio donde enseñar su particular expertise. Su idea de la sociología como una profesión que debía ofrecer sus servicios a quien pudiera pagarlos había estado en las antípodas del enfoque predominante en aquellos años.

A mediados de los ochenta, sin embargo, con la expectativa de hallar un espacio donde ejercer la docencia, varios sociólogos vinculados al análisis de mercado y a los

estudios de opinión se presentaron a los concursos en las áreas de metodología y estadística⁵. Rápidamente, esta intención fue abandonada pues al momento de la entrevista ninguno se presentó. El perfil que la Carrera cobró en esos primeros años se reveló incompatible con el estilo de sociología que practicaban y estaban interesados en difundir.

Sin dudas, la resistencia que habrían encontrado hubiera sido muy fuerte si hubiesen logrado incorporarse y empezar a enseñar los contenidos propios del análisis de mercado y los estudios de opinión. Es que los estudiantes, como indicamos, mucho más que un medio de vida, buscaban en la carrera un ámbito de reflexión crítica. Para ellos, la carrera debía formar “sociólogos críticos con autonomía intelectual”⁶. Dados estos fines, cualquier preocupación por las posibles salidas laborales de la carrera quedaba en un plano secundario.

Así lo demuestra la experiencia de aquellos sociólogos vinculados al análisis de mercado que decidieron incorporarse como docentes. En estos casos, su inserción profesional principal quedó invisibilizada y se produjo un divorcio entre la actividad docente y la actividad profesional. Incluso allí donde enseñaban metodología, no ofrecían contenidos vinculados a su experiencia profesional. Sin poner en cuestión la definición de la sociología como una práctica académica, explicaban las técnicas e instrumentos de investigación en conexión con la investigación social sin destacar sus potenciales usos no académicos.

Así, más allá del consenso tendiente a la convivencia de perspectivas y estilos diferentes, dada la imagen de la sociología legítima que dominaba la institución, las versiones de la disciplina más vinculadas al mercado laboral, no tuvieron expresión en la Carrera -sea porque quienes aspiraron a hacerse de una cátedra desistieron antes del concurso, sea porque quienes se integraron como profesores adjuntos o ayudantes no incorporaban su experiencia profesional a sus clases-.

Desde la institucionalización universitaria de la sociología, toda carrera de sociología, en cualquier país del mundo, se ve enfrentada a una tensión entre dos tendencias contrapuestas: favorecer la sociología como discurso crítico –impugnadora de la dominación y la relaciones de poder establecidas- o estimular la sociología como

⁵ A la espera de la formulación de un nuevo plan de estudios, los primeros llamados a concursos se hicieron por áreas y no por materias.

⁶ Tomado de un “volante” de una agrupación estudiantil de la época.

profesión -preocupada por garantizar a sus practicantes una buena inserción en el mercado laboral. De esta tensión deriva una ambigüedad constitutiva de la sociología universitaria, ambigüedad que, en la Universidad de Buenos Aires, tras la vuelta a la democracia, en consonancia con la trayectoria previa, comenzaba a definirse a favor del primer polo.

Es interesante destacar que la reorganización de la Carrera iniciada tras la vuelta a la democracia reactualizaba una discusión en torno a la naturaleza del vínculo entre sociología e inserción profesional que puede encontrarse en el período anterior a la dictadura. Había habido en el pasado prestigiosos sociólogos que intentaron promover una sociología “técnica” capaz de desempeñarse como asesora de distintos actores e instituciones de la sociedad civil y el Estado. En su visión, la disciplina debía abandonar el estricto “academicismo” y volcarse a la resolución de problemas sociales “concretos e inmediatos”.

Así, Torcuato Di Tella, a fines de los años sesenta, basado en la idea de que los grandes avances científicos se habían dado cuando una tradición científica se había conectado con una práctica tendiente a la búsqueda de soluciones para los problemas prácticos de una sociedad –daba el ejemplo del psicoanálisis, de la economía keynesiana y del marxismo- aconsejaba a los sociólogos salir de las paredes de la universidad y encontrar su propio “paciente” en la multiplicidad de “centros de elaboración de decisiones” –sindicatos, cooperativas, empresas, reparticiones del Estado, etc.- que en su accionar cotidiano estructuraban la sociedad argentina. En su visión, estas instituciones “necesitan –aunque no siempre lo busquen- asesoramiento sociológico” (Di Tella, 1967:87). Los sociólogos en tanto profesionales con conocimientos científicos podían y debían lanzarse a la búsqueda de una clientela que por entonces era atendida por “amateurs” y “curanderos” a los que era preciso desplazar de su trabajo en la “orientación de la praxis social”.

En el mismo sentido, poco tiempo después, Manuel Mora y Araujo instaba también a los sociólogos a estimular el “consumo” que la sociedad hacía de la sociología a través de la difusión de la “sociología aplicada”. Según su parecer, una sociedad persuadida de la “utilidad” de esta disciplina contribuiría a darle mayor sustento, legitimidad y apoyo financiero. Así, “la justificación social de la sociología se

encontrará en su contribución a la resolución de problemas de la sociedad”. Justificación que podría contribuir a limitar los efectos de la “dependencia cultural” que caracterizaba a una disciplina sostenida por recursos extranjeros y cuyos estímulos intelectuales no provenían de su propia sociedad sino de los mecanismos asociados a los medios de consagración internacionales. Si los sociólogos pudiesen crear la demanda cuando ella no existiera o imponer su trabajo cuando no se lo pidiesen, podrían contribuir al cambio de la sociedad en la medida que estarían rompiendo con el aislamiento académico que hacía que “la sociología gir[e] como una bola en el vacío, no se aliment[e] del resto de la sociedad ni la aliment[e], no contribuyendo, por lo tanto a cambiarla” (Mora y Araujo:1971:125).

Estas visiones, aun cuando enfatizaron su compromiso con la promoción de cambios en la sociedad e incluso incluyeron el cuestionamiento a la “dependencia cultural”, cuestiones de notable presencia en aquel entonces, no lograron concitar entusiasmo entre los sociólogos y los estudiantes de sociología. Cuando no fueron simplemente ignoradas, fueron rechazadas por quienes asociaban la disciplina con una vocación revolucionaria. Así, por ejemplo, Eliseo Verón, en un escrito de 1974, realiza una dura crítica a las ambiciones del “cientificismo” de Di Tella y Mora y Araujo que, si a diferencia de la versión germaniana trascendía las paredes de la academia, mantenía la misma falsa distinción entre una ciencia libre de valores y la ideología. Contra la figura del sociólogo como “tecnócrata”, que puede ser contratado con provecho tanto por quienes están interesados en mantener el orden social vigente como por quienes se plantean su subversión, Verón afirmaba irónicamente que “resulta bastante probable que, en su recorrida del mercado potencial de clientes, [el sociólogo] no encontrará muchos que opinen que estimular la guerrilla es una manera de hacer “funcionar mejor” la sociedad [Y agregaba retomando las expresiones de Mora y Araujo] Si de lo que se trata es de “favorecer un mayor flujo de recursos a la sociología” y de “obtener beneficios”, es fácil imaginar cuáles serán, en definitiva, los clientes” (Verón,1974:56,60).

Volveremos a escuchar la opinión de uno de estos sociólogos en 1980 cuando en un balance de la trayectoria de la sociología en Argentina y en particular de la experiencia que se dio en la Carrera de la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1966, a la luz de una “dolorosa” autocrítica, propusiera ciertas líneas de acción para la reorganización de los estudios de esta disciplina que seguiría a una posible apertura y

liberalización del régimen político. Además de estimular el estudio de la historia, la problemática nacional y del marxismo –como teoría y hecho social y político-, rasgos ausentes en el pasado y que explicarían la reacción “anticientificista” de mediados de los sesenta, Di Tella, una vez más, afirmaba la necesidad de fomentar las “sociologías aplicadas, que sirven para operar en instituciones de acción concreta”. En su visión:

Hay una tendencia en los que se aproximan a la sociología a desvalorizar estas técnicas, sea porque son menos estimulantes a la imaginación que las interpretaciones generales de la sociedad o de la política, o porque se considera que sirven sólo para poner remiendos a la sociedad, o para hacer ganar dinero a quienes contratan estos trabajos. Aunque esto pueda ser cierto, no lo es menos que de alguna manera hay que ganarse la vida, y estas especialidades son de las más prometedoras en este sentido. En la medida que el sociólogo deja de lado su obsesión con la utopía, puede aceptar más las limitaciones de la condición humana –que incluye la propia- y aceptar ser, en una parte muy apreciable de su actividad, una rueda en el engranaje de la sociedad. El sociólogo, como cualquier otro profesional, debe ser capaz de asesorar y “curar” al paciente o cliente, sin preguntarse necesariamente si ese cliente va a misa todos los días, o si tiene convicciones políticas que lo colocan en la vanguardia del cambio social. (Di Tella,1980:312).

Según el autor, de una adecuada formación teórica dependía cambiar el tradicional ánimo poco propicio de los estudiantes hacia las “sociologías aplicadas”. Evitando los “desvaríos” que en el pasado habían dominado la enseñanza de las teorías generales se podría impedir una influencia nociva que “a través de sorberle el seso a los estudiantes” hace que “no se interesen en las aplicaciones específicamente profesionales de su disciplina” (Di Tella,1980:312,313).

Más cercano en el tiempo, otra prominente figura de la sociología argentina volvía a referirse a la cuestión. Sobre la base de la distinción entre la sociología como “disciplina” y la sociología como “profesión”, la primera entendida como el cuerpo de conocimientos que necesariamente debe ser crítico “porque está frente a un mundo en crisis” y la segunda como aquello que permite a sus practicantes insertarse en el mercado de trabajo, Juan Carlos Portantiero se preguntaba: “¿cómo articular el doble discurso de la construcción de una profesión y de la construcción del pensamiento crítico?”. En su visión, se trataba de un desafío crucial ya que si “nos quedamos en la profesión estamos transformando a la Universidad en una fábrica reproductora del statu quo; si nos quedamos solamente en el pensamiento crítico transformamos a la

Universidad en un espacio peripatético de discusión” (Portantiero,2005:25). Sin las certezas de otros tiempos, quien había sido decano de la Facultad de Ciencias Sociales durante ocho años, se limitaba a presentar lo que percibía era problema fundamental.

Tensiones en las formas de entender y practicar la sociología de los sociólogos insertos en trabajos por fuera de la academia

Según pudimos observar, tras la vuelta a la democracia en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, se consolidó un ideal de sociólogo que reafirmaba la tradición crítica y postulaba la investigación académica como la única salida laboral legítima. En este sentido, esta institución se configuró como un espacio poco receptivo a la preocupación por la inserción laboral de sus graduados, de manera que aun cuando desde mediados de los ochenta se hayan generado una serie de novedosas inserciones, no se produjeron modificaciones significativas en la currícula donde pudieran tener expresión. Ello la diferencia de otras carreras donde la preocupación por la salida profesional de sus egresados es una constante.

Ahora bien, si se considera el número total de graduados desde que se rearmó la Carrera se observa que fueron relativamente pocos quienes al terminar sus estudios pudieron insertarse en la actividad académica. El resto debió realizar tareas que muchas veces resultaban ajenas al ideal de sociólogo en el que fueron formados. Tal situación los obligó a lidiar con una tensión permanente entre ideal y práctica profesional.

Actualmente, en el marco de una investigación de doctorado, estamos llevando a cabo una serie de entrevistas a graduados cuya inserción principal no es la academia. Buscamos con ello captar sus experiencias y visiones sobre la disciplina en la que fueron formados. En lo que sigue, a partir del testimonio de varios sociólogos, vamos a procurar ejemplificar cómo se vive individualmente lo que es una cuestión estructural: la poca receptividad de la carrera a las preocupaciones por la inserción laboral de sus graduados.

En primer lugar cabe consignar que la inserción en espacios no académicos se traduce para los sociólogos en un trabajo de aprendizaje que, si bien presumiblemente se da en todo aquel que formado en cualquier profesión ingresa al mercado laboral por primera vez, en el caso de la sociología puede implicar la puesta en suspenso de la formación recibida. Para los jóvenes sociólogos se trata de aprender una operatoria

nueva y diferente. No siente que estén aplicando lo que han aprendido en su paso por la universidad sino que deben aprender todo “desde cero”⁷.

Un ejemplo paradigmático de esto lo constituyen los sociólogos empleados en el sector privado a través de los denominados “programas de jóvenes profesionales” implementados por grandes empresas para incorporar universitarios recientemente egresados cuyos requisitos son poseer título universitario y conocimientos del idioma inglés. Una vez incorporados, durante un año estos jóvenes realizan cursos de preparación brindados por la empresa y recorren distintas áreas de la misma, donde la formación específica recibida en la Carrera importa menos que el nivel cultural que asegura el haber pasado por la universidad.

Sabía cero, nada, absolutamente nada de cómo funcionaba una organización, no tenía idea, desde lo instrumental me costó. Me acuerdo que el aprendizaje fue dificilísimo para mí al principio porque era como que yo te diga que venía con todo un bagaje teórico, con toda una cuestión de conocimiento y lo que tenía que hacer era organizar cursos, y ver quiénes iban y ordenarlos y dictarlos... Era como una ruptura muy fuerte, sobre todo, los primeros trabajos que vos decís: “¿para eso estudié? ¿Para eso me formé?”

¡Sin duda, me diferenciaba! Sin duda. De eso no hay duda porque yo no tenía nada que ver con empresas, o sea, era –si querés– como la “oveja negra” o la “mosca blanca”, llámalo como quieras... Era un lenguaje que no hablaba, que no manejaba... Eso tiene una lógica que es única y vos estás siempre parado en otro lugar. ¡Sin duda, sos diferente! Sin duda y se nota y se nota mucho. A mí me genera desventajas. No te lo voy a negar.

Yo venía de la Facultad. Era “la mala” de los cursos porque hacía las preguntas básicas... Entonces, se volvían locos los tipos. ¡Bueno, basta, parás acá! Ése fue el otro “clic” grande que tuve que hacer, o sea, que en la capacitación de las organizaciones es más capacitación ... Como dijo una vez alguien, la capacitación es como una gragea para que te pare el dolor de cabeza y no algo para abrirte la cabeza y que te permita acceder al conocimiento...

O sea, yo entré a laburar a [principal consultora de estudios de opinión] y no tenía ni idea.

O sea, las materias de metodología me habían parecido despreciables, ¿me entendés? Las

⁷ De manera similar, Beltrán sostiene que para quienes han ingresado al mundo laboral no académico existe una suerte de “ruptura”, un antes y un después claramente marcado e identificable, que contrasta con quienes se han dedicado a la academia para los que habría continuidad entre sus tareas y el paso por la carrera (Beltrán,2005:509).

había robado... Digo robado, pasado rápido. Entonces, yo veía un cuadro de doble entrada y lo que sabía era estadística descriptiva. Así empecé. Me acuerdo que los primeros días me leía dos páginas por día. Entonces vino [el dueño de la consultora], me cacheteó y me dijo: “Flaco, a ver, esto no es el instituto de sociología”. Entonces ahí empecé a laburar.

De todas formas, la distancia que media entre la formación recibida y los requerimientos de la inserción laboral no necesariamente implica una valoración negativa del paso por la carrera o de la organización de los estudios. Lo que estudiaron es recuperado como una “cultura crítica”, como una forma de advertencia para ver la sociedad.

Y así como te digo que no tenía idea de lo que pasaba, digamos, en la facultad no te enseñan la lógica de las empresas, ni la cuestión más instrumental para trabajar, sí te puedo decir que haber estudiado sociología me sirvió muchísimo porque, de alguna manera, yo tenía la posibilidad -y es lo que creo que además me permitió a mí hacer una carrera en las organizaciones- tenía la posibilidad de despegarme de las cuestiones más transaccionales del día a día y tener una mirada distinta frente a las cosas. Tener una mirada más crítica, una mirada más de articulación de cosas que parecen que no están conectadas entre sí...

Y sigo descubriendo que sigo eligiendo... O sea, que no me equivoco de haber estudiado lo que estudié, más allá de que muchas veces cuando he buscado trabajo y me ha costado tanto, diga ¿¿por qué me metí a estudiar sociología?! Pero la seguiría eligiendo porque como te digo, me parece sumamente atrapante la postura que te da ante las cosas.

Así, sin pensarse en términos de profesión, la sociología pasa a ser percibida como una formación general, una manera diferente y crítica de ver las cosas, una lectura que permite ir más allá de las apariencias, una perspectiva que habilita a “mirar debajo del agua”.

¿Para qué me sirvió Sociología? Bueno, para esta mirada diferente de las cosas de la organización, para la lectura de las tramas del poder, de cómo funciona porque, bueno, te empezás a dar cuenta que las empresas no tienen una lógica única, idéntica, que van todas para el mismo lado sino que al interior... Es como la sociedad en sí misma, ¿no? Hay un montón de situaciones encontradas, de conflictos, de pujas de poder, de cuestiones que hay que entender, analizar y administrar para poder trabajar. Y desde ese lugar, la sociología

me ayudó mucho. Me permitió mirar las cosas de otra manera y, a partir de ahí, poder hacer aportes diferenciales, poder plantear cosas distintas respecto de qué hacer.

Yo creo que el sociólogo es muy difícil de decir cuál es su oficio... Yo creo que ser sociólogo es una manera de encarar la vida. Es una manera de tratar de analizar qué es lo que pasa a tu alrededor y tomar las decisiones en tu vida teniendo en cuenta un montón de socio-elementos que, por ahí, otra formación no te los da. Pararte en cualquier lugar, cuando sos ciudadano y como ciudadano, y darle ese bagaje que te da esta profesión... formación... Digo, para mí es más una formación que una profesión.

Esta interpretación de la sociología permite que aun cuando estos sociólogos no se dedican a lo académico no se sientan excluidos de la disciplina en la que se formaron.

Porque yo salí con esta cuestión del deber ser “y yo capaz que voy a tener que ser investigadora porque sino no soy socióloga”... ¿Y voy a ser socióloga si yo no accedo a esto? Y después te vas dando cuenta que podés ser sociólogo, por lo menos, como lo tomé yo, como una formación de vida, como que te podés ir enriqueciendo de otra cosa.

Una cuestión significativa es el valor que da este conjunto de sociólogos a la docencia en la Carrera. Ya se indicó que desde temprano fue usual encontrar en este espacio docentes cuya trabajo principal no estaba relacionado con los contenidos que enseñaban. Del mismo modo, estos sociólogos no incorporan los contenidos asociados a su desempeño profesional a sus clases. Difícilmente podría ser de otro modo en un ámbito donde se reafirma una imagen de sociólogo vinculado a la academia y con vocación crítica. Dar algo de lo que se aprendió fuera de la universidad implicaría distanciarse de la idea que domina la institución.

Más allá del motivo instrumental asociado al prestigio que pueda dar ser docente en la Universidad de Buenos Aires -incluso a la hora de conseguir empleos no vinculados a la investigación académica-, parecería haber también una búsqueda de conexión con la vocación crítica que la Carrera transmite y en la que fueron formados. Además, estos sociólogos aunque no enseñen contenidos asociados a su ejercicio profesional, perciben el dictado de clases, con la tarea de lectura de bibliografía que implica, como una forma de mantenerse “activos intelectualmente”, de estar actualizados.

Te mantiene vivo el sistema intelectual que me parece que cuando uno empieza a trabajar en estos organismos, todo eso se te va como apagando y lo tenés que estar avivando y echándole un poco de nafta porque sino te arruinás... Es como estar en contacto con eso, con una dimensión, quizás, la dimensión más romántica de la Facultad, para mí, que es la cosa más intelectual.

Y lo que he tratado siempre, es de complementar con docencia que, para mí, la docencia de la sociología me parece un ejercicio que lo hago por mí, precisamente, para estar en contacto con el material sociológico, para obligarme a estar actualizada porque sino, por ahí, me pierdo de un montón de cosas interesantes.

Aún más, la docencia pueda dar una identidad positiva que la inserción laboral, tensionada con el ideal expresado en la formación recibida no está en condiciones de brindar, porque se trata de tareas “menos estimulantes a la imaginación que las interpretaciones generales de la sociedad o de la política, o porque se considera que sirven sólo para poner remiendos a la sociedad, o para hacer ganar dinero a quienes contratan estos trabajos”.

Nunca yo decidí, “voy a dedicarme a esto”, ¿entendés? O sea, el día que me di cuenta que me dedicaba a esto... Viste como los mozos que en los restaurantes modernos de Palermo te dicen: “Yo soy actor pero trabajo de mozo” y después de diez años son mozos?! Era como una cosa que hacía pero lo mío era otra cosa. Lo mío era la política y todavía seguía diciendo que la academia.

Las dificultades para reconocerse como sociólogos a partir de la labor que realizan en sus lugares de trabajo es una de las razones que dan cuenta de la debilidad de aquellas instituciones que buscan promover una visión de la sociología como profesión y movilizar a los sociólogos en tanto profesionales. Trabajen en el Estado o en el mundo privado, la identidad, en varios casos, se construye por fuera de estos espacios. En tales circunstancias, dada su atomización y disgregación, los sociólogos empleados por fuera de la academia no generan una conciencia de grupo.

En estas entrevistas pudimos observar cómo para muchas personas no resulta sencillo definirse como sociólogos porque, más allá de lo que su título universitario indique, en su paso por la carrera fueron internalizando una idea que define al sociólogo como alguien que lleva adelante una actividad distinta de la que ellos realizan. En este sentido, para este conjunto de graduados una definición pragmática de la sociología –

identificar a los sociólogos como aquellos que se definen como tales- resulta ciertamente problemática.

Bibliografía

Abbott, Andrew (1988): *The System of Professions. An essay on the Division of Expert Labor*, Chicago and London, The University of Chicago Press.

Beccaria, A. y Goldfarb, Lucía (2003): “La inserción de los sociólogos en el Estado”, Buenos Aires, mimeo.

Beltrán, Gastón (2005): “Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político”, en Levy, B. y Gentili, P.: *Espacio público y privatización del conocimiento*, Buenos Aires, CLACSO.

Beltrán, Gastón y Goldfarb, Lucía (2002): “La sociología argentina en los '90: nuevos límites del campo”, Buenos Aires, mimeo.

Casco, José y Engelman, Ana (2003): “La inserción de los sociólogos en el ámbito privado”, Buenos Aires, mimeo.

Dubar, Claude y Tripier, Pierre (1999): *Sociologie des professions*, Paris, Armand Colin.

Karpik, Lucien (2003): “Les professions et la sociologie historique”, en Menger, Pierre Michel (dir.): *Les professions et leurs sociologies. Modèles théoriques, categorizations, évolutions*, Paris, Editions de la Maison de Sciences de l'homme.

Pereyra, Diego, María Sol Denot y José Casco (2007) “Traditions, institutions and profession in Argentine sociology. A hard to solve puzzle”, mimeo.

Testa, Julio y equipo (s.f.): *Estudio comparativo de Graduados*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.

Fuentes

Di Tella, Torcuato (1967): “La sociología y la praxis social”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol.3, nº1.

Di Tella, Torcuato (1980): “La sociología argentina en una perspectiva de veinte años”, *Desarrollo Económico*, Vol.29, nº79.

Mora y Araujo, Manuel (1971): “La sociedad y la praxis sociológica”, *Desarrollo Económico*, Vol.11, nº41.

Portantiero, Juan Carlos (2005): Presentación, en Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales (Ed.): *Crisis de las Ciencias Sociales de la Argentina en crisis*, Buenos Aires, Prometeo.

Verón, Eliseo (1974): *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.